

Octubre 2024

# TENGO SED DE DIOS

EDICIÓN N° 27

ALMAS EUCARÍSTICAS  
Hna. Josefina Serrano

MARÍA Y LA EUCARISTÍA  
La reparación a Jesús Eucaristía

REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO  
Amemos al Santísimo Sacramento

*“Por ti el Dios omnipotente del cielo se hace  
el Dios mudo del altar”. (P. Rodrigo Molina)*



# SUMARIO

- **P. RODRIGO MOLINA,  
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA**  
La Nueva Alianza..... 3
  
- **POSTRADO A TUS PIES**  
Estación al Santísimo Sacramento..... 4
  
- **DOCTRINA SOBRE EL  
SACRAMENTO DEL AMOR**  
Dios viene al encuentro del hombre..... 5
  
- **EVANGELIO, PAN DE VIDA**  
«No llores ...»..... 6
  
- **REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO**  
Amemos al Santísimo Sacramento..... 8
  
- **MARÍA Y LA EUCARISTÍA**  
María y la reparación a Jesús Eucaristía..... 10
  
- **ALMAS EUCARÍSTICAS**  
Hna. Josefina Serrano García..... 12
  
- **MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS**  
Historia de una espiga..... 14



# La Nueva Alianza

La Eucaristía es verdaderamente “el Banquete del Señor”. Si Jesús eligió una comida para significar su sacramento memorial, es justo preguntarse: ¿qué peso simbólico tenía ese hecho en la cultura? Para los judíos, cada comida contenía profundas significaciones hondamente religiosas. En ellas se simbolizaba el reconocimiento de la vida como don de Dios, pues al alimentarse, el fiel aceptaba el sustento de la vida como un acto de cercanía con Yahvé. Mediante la comida, además, el judío se unía con aquellos que compartían su fe y su esperanza de salvación, más allá de la unión por medio de los lazos de amistad y de familia.

Cuando el que invita al banquete es Dios, entonces la comida se reviste de un valor sagrado. Compartir la comida es entrar en comunión y esta comunión implica una alianza con el otro. La comunión está destinada a reafirmar ese pacto.

Nos dice el P. Molina:

*«Para comprender la última cena de Jesús hay que coger, captar su simbolismo. La última cena es una “comunión de mesa”. La comunión de mesa entre los judíos era la comunión mayor: la participación total, la comunicación total de todo lo mío. En la comunión de mesa ya no hay exclusión. Por eso escandalizaban tanto las comuniones de mesa de Jesús:*

*Jesús comía con los pecadores notorios, partía el pan con el detritus de su tiempo, con el marginado más total. A nadie excluía. Así expresaba Jesús el meollo de su mensaje. Su núcleo, su médula, su raíz.*

*Por eso la Eucaristía es la nueva alianza, el nuevo pacto de Dios conmigo. El ya indestructible e irreversible: “Este cáliz, la nueva alianza, en mi sangre, la derramada por vosotros”.*

*La Eucaristía es alianza de amor, compromiso unilateral de amor de Dios. Por eso la más leve infidelidad hiere al Dios eucarístico.*

*La Eucaristía es ese contrato, esa alianza, ese compromiso de Dios con el hombre cuya base y fundamento es el amor. Un amor que es justicia, rectitud, compromiso y fidelidad o perennidad.*

*Jesús eucarístico es alianza, amor comprometido, amor sellado; es bondad irradiante y fidelidad perenne; es compasión sin límite».*





ESTACIÓN AL  
*Santísimo*  
*Sacramento*

Una devoción popular, conocida desde antiguo, es la “Estación al Santísimo Sacramento”.

Se llama “estación” en recuerdo de las estaciones penitenciales de Roma al visitar las Santas Basílicas. Consiste en rezar cinco veces Padrenuestro, Avemaría y Gloria en memoria de las cinco llagas de Jesús crucificado y un Padrenuestro más por las intenciones del Sumo Pontífice.

Comienza con la jaculatoria: Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar. Y se responde: Sea por siempre bendito y alabado.

Y a continuación: Heme aquí, Buen Jesús, en vuestra presencia, como un pobre ante un gran Rey; dadme, Señor, la limosna de vuestra gracia. Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Heme aquí, Buen Jesús, en vuestra presencia, como un siervo ante su Amo; dadme, Señor, el sustento de vuestro Cuerpo y libradme de mi gran miseria. Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Heme aquí, Buen Jesús, en vuestra presencia, como un enfermo ante el Médico; sanad, Señor, las heridas de mi alma con el bálsamo de vuestra Sangre Preciosa. Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

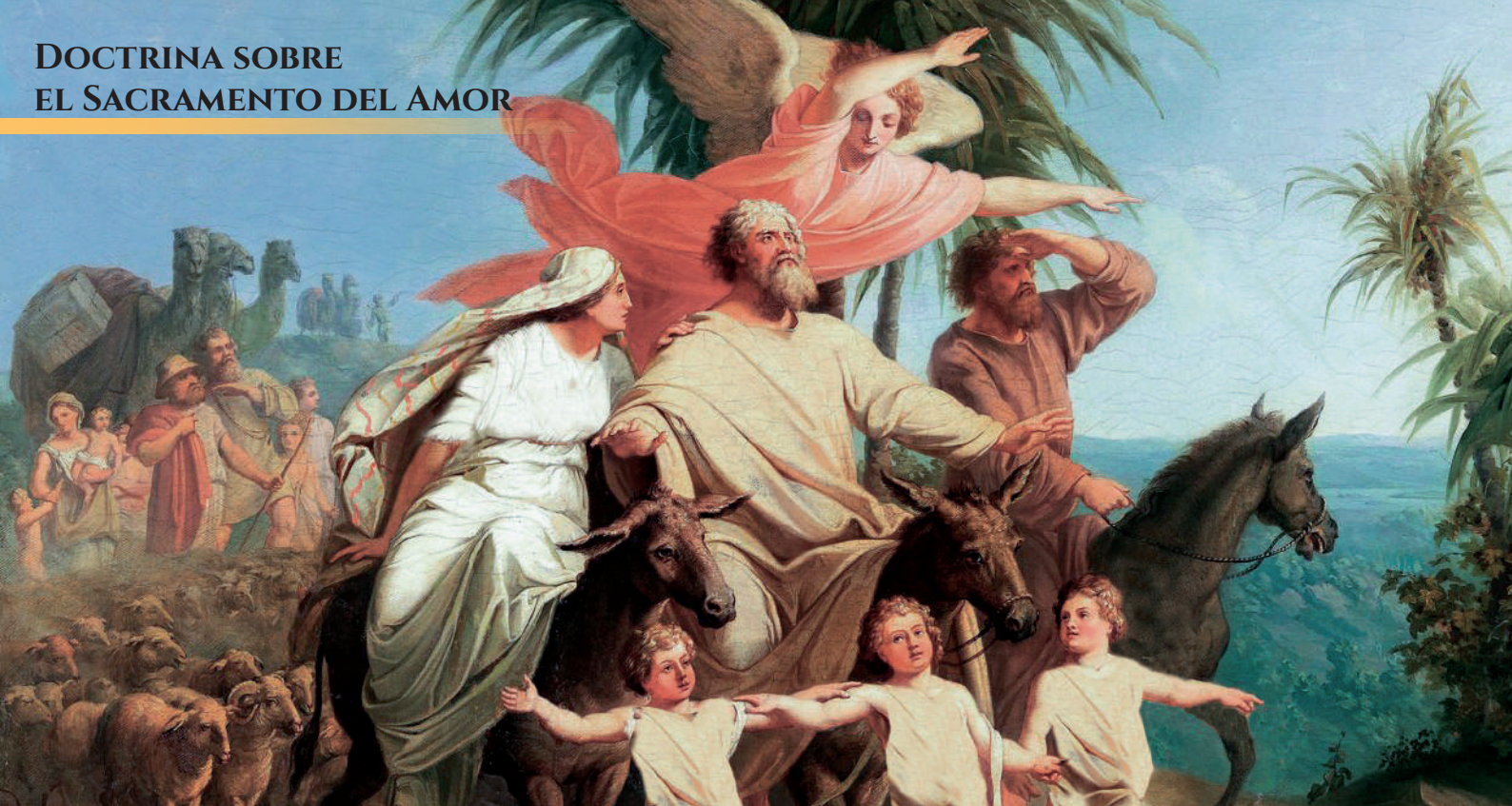
Heme aquí, Buen Jesús, en vuestra presencia, como un discípulo ante su Maestro; enseñadme, Señor, a practicar vuestra divina voluntad. Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Heme aquí, Buen Jesús, en vuestra presencia, como un hijo ante su Padre; no me privéis, Señor, de la herencia paterna que es la Patria Celestial. Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Heme aquí, Buen Jesús, en vuestra presencia, como una oveja ante su Pastor; guardad, Señor, el rebaño de vuestra Santa Iglesia y atended benignamente a las intenciones del Papa. Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Practiquemos esta sencilla devoción, especialmente cuando nos sentimos áridos y no sabemos bien cómo rezar, qué decir a Nuestro Señor Sacramentado.





## DIOS VIENE AL ENCUENTRO DEL HOMBRE

**D**ecíamos, en el número anterior, que a veces nos cuesta encontrar a Dios. Que podemos conocer su existencia con la sola luz de la razón, a partir del mundo y del hombre. Pero, para poder conocer el misterio de Dios, necesitamos de la ayuda del mismo Dios. Y Dios, en su bondad, viene al encuentro del hombre en su revelación. Continuamos con la enseñanza del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

«Dios, en su bondad y sabiduría, se revela al hombre. Por medio de acontecimientos y palabras, se revela a Sí mismo y el designio de benevolencia que Él mismo ha preestablecido desde la eternidad en Cristo en favor de los hombres. Este designio consiste en hacer partícipes de la vida divina a todos los hombres, mediante la gracia del Espíritu Santo, para hacer de ellos hijos adoptivos en su Hijo Unigénito.

Desde el principio, Dios se manifiesta a Adán y Eva, nuestros primeros padres, y les invita a una íntima comunión con Él. Después de la caída, Dios no interrumpe su revelación, y les promete la salvación para toda su descendencia. Después del diluvio, establece con Noé una alianza que abraza a todos los seres vivientes.

Dios escogió a Abraham llamándolo a abandonar su tierra para hacer de él «el padre de una multitud de naciones», y prometiéndole bendecir en él a «todas las naciones de la tierra». Los descendientes de Abraham serán los depositarios de las promesas divinas hechas a los patriarcas. Dios forma a Israel como su pueblo elegido, salvándolo de la esclavitud de Egipto, establece con él la Alianza del Sinaí, y le da su Ley por medio de Moisés. Los Profetas anuncian una radical redención del pueblo y una salvación que abrazará a todas

las naciones en una Alianza nueva y eterna. Del pueblo de Israel, de la estirpe del rey David, nacerá el Mesías: Jesús.

La plena y definitiva etapa de la Revelación de Dios es la que Él mismo llevó a cabo en su Verbo encarnado, Jesucristo, mediador y plenitud de la Revelación. En cuanto Hijo Unigénito de Dios hecho hombre, Él es la Palabra perfecta y definitiva del Padre. Con la venida del Hijo y el don del Espíritu, la Revelación ya se ha cumplido plenamente, aunque la fe de la Iglesia deberá comprender gradualmente todo su alcance a lo largo de los siglos».

En Jesús, los creyentes lo tenemos todo, toda la revelación del Padre. Ya lo dijo el Señor: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn. 14,9). Para conocer a Dios, conozcamos a Cristo, a quien tenemos real y verdaderamente en el Santísimo Sacramento.



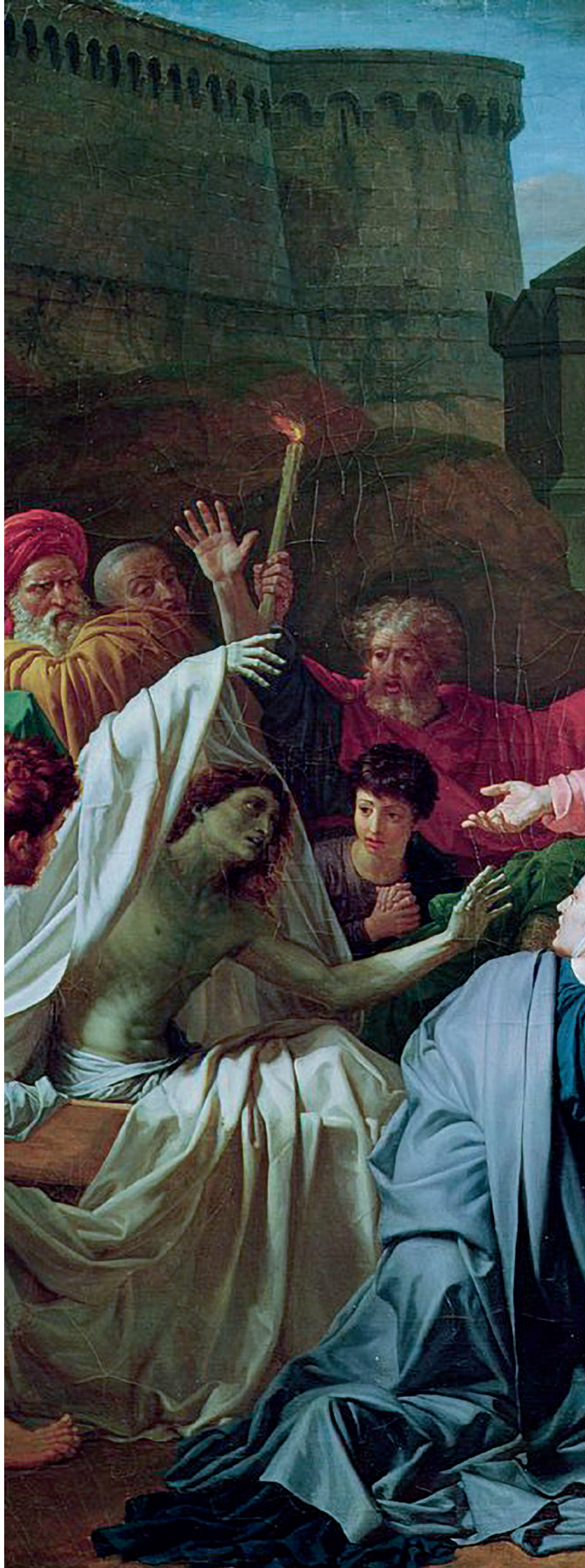
## «No llores...»

**E**l Evangelio de San Lucas nos narra un episodio hermoso que demuestra —una vez más— la bondad y misericordia de Jesús: *«En aquel tiempo iba Jesús de camino a una ciudad llamada Naím, e iban con Él sus discípulos y una gran muchedumbre. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, a la que acompañaba mucha gente de la ciudad. Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: No llores. Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y Él dijo: Joven, a ti te digo: Levántate. El muerto se incorporó y se puso a hablar; y Él se lo dio a su madre. El temor se apoderó de todos, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. Y lo que se decía de Él, se propagó por toda Judea y por toda la región circunvecina».* (Lc. 7, 11-17)

Jesús se detiene ante aquella escena triste y conmovedora: una madre viuda, cuyo único hijo yace muerto y va camino a ser enterrado.

¡Cuánto dolor percibió el Maestro en el corazón de esa madre! Algunos comentaristas y santos dicen que Jesús vio en esta madre viuda a su propia Madre, también viuda. Cuyo Hijo —Él mismo— también sería llevado al sepulcro en su presencia. No era el designio del Padre que su Madre Santísima lo viera resucitado antes de llegado el tercer día...; pero a esta madre, Él sí podía abreviarle el cáliz de dolor.

Y el Hijo de Dios e Hijo de María decidió obrar el prodigio. Pero su compasivo corazón no pidió esta vez una confesión de fe como al padre del niño lunático, tampoco esperó una petición como la del ciego que lo seguía pidiéndole misericordia, no puso a prueba la fe y la humildad como en el caso de la Cananea... algo ocurrió en el Corazón de Jesús, ese corazón que late de amor por los hombres. Vio a la madre, se conmovió ante su dolor y sin esperar nada de parte de







aquella mujer transida de dolor, salió a su encuentro, le dirigió una palabra de consuelo y obró el prodigio: resucitó al hijo muerto y lo entregó a la madre.

No sabemos nada del hijo, de su fe, de su vida, de sus costumbres.... no hace falta. Sabemos de la madre: una mujer que llora a su hijo, al único, su esperanza, su consuelo, su refugio... Al devolverle al hijo, Jesús le devuelve la vida. Él lo sabía. No necesitó palabras.

Qué misericordiosamente poderoso y poderosamente misericordioso se nos presenta Jesús en este episodio.

Las palabras de Jesús: «No llores», deberían resonar en nuestros oídos cada vez que el dolor toca a la puerta de nuestra vida ¡y toca tantas veces! Porque Jesús en la Eucaristía es el mismo de los caminos de Jerusalén, Galilea y Naím... También se hace el contradictizo en nuestras sendas para consolarnos en los momentos de dolor. Pero, a veces, somos nosotros quienes, al verlo venir, desviamos el camino para no encontrarlo. ¡No vaya a ser que Dios nos pida mucho y ya tenemos bastante con lo que tenemos!

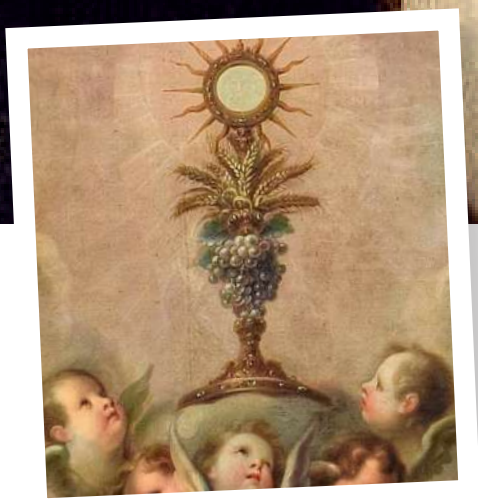
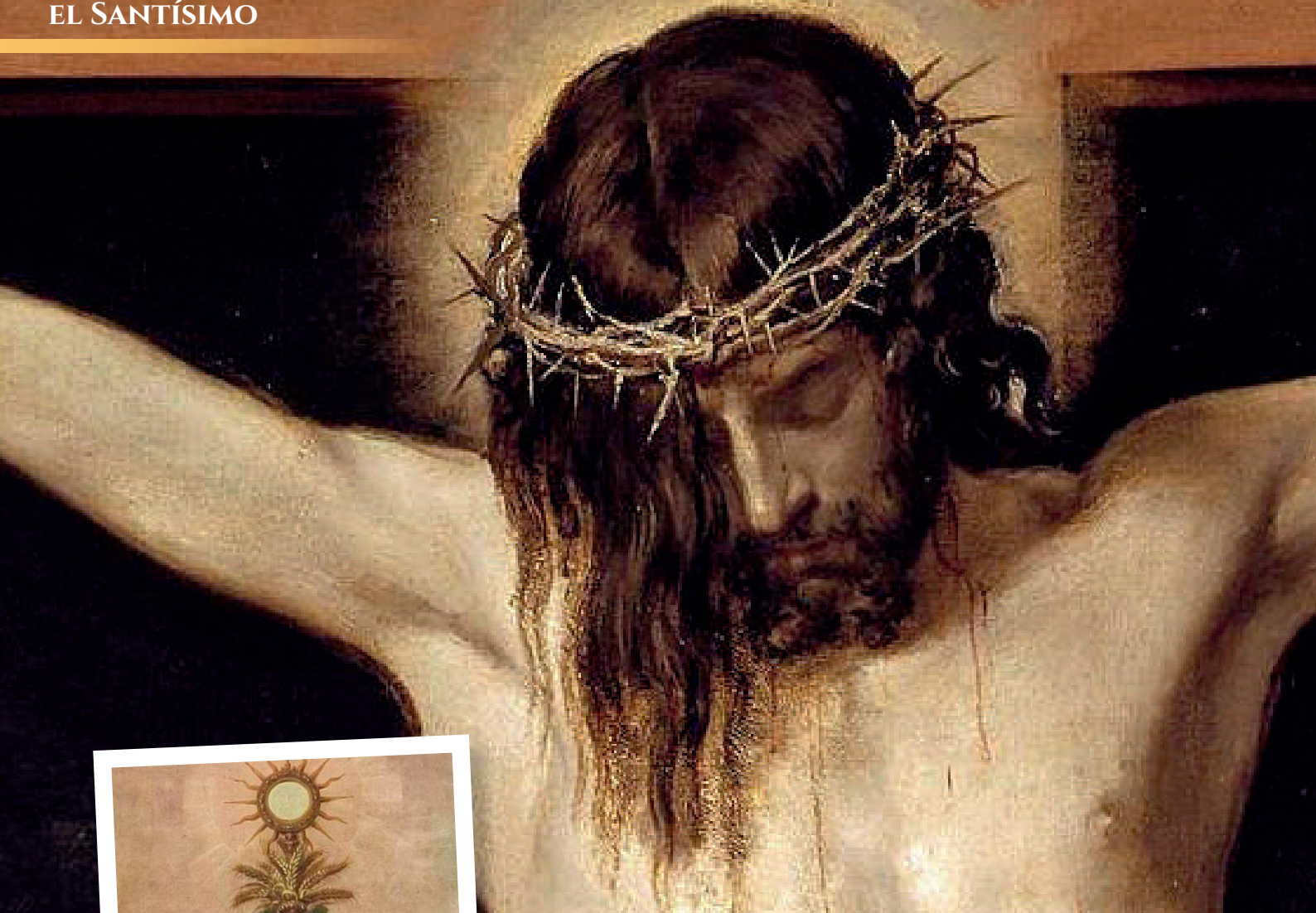
¡Qué necios somos! Si el encuentro con Cristo siempre nos dará fortaleza, consuelo, valor, siempre será luz que ilumine nuestras oscuridades, camino que nos guíe cuando nos sentimos perdidos sin saber por dónde ir.

El mismo Dios se hace madre dolorosa cuando el hijo pródigo se va de casa a malgastar sus riquezas y se pierde (Cf. Lc. 15. 11-32). Si el padre de la parábola salía cada día a ver los caminos para encontrar el rastro del hijo, ¿qué no haría la madre? Si el padre aquel corrió al ver al hijo para abrazarlo y besarlo y volverlo a su antigua dignidad, ¿qué no haría la madre?

La Virgen Santísima y la Iglesia también son madres que lloran a sus hijos muertos por el pecado... Jesús quiere resucitar a esos hijos también, devolverles la vida de la gracia y entregarlos a sus Madres.

En la Eucaristía Jesús escucha nuestras oraciones, entiende nuestro dolor y también nuestras súplicas cuando rezamos por aquellos que amamos. Acudamos a Dios de la Eucaristía. Él nos oye y nos comprende. Su mano no es tarda para dar, solo que a veces espera el momento más oportuno, aquel en el que el milagro nos hará un mayor bien.





## AMEMOS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

**N**uevamente, junto a San Pedro Julián Eymard, reflexionaremos ante el Santísimo Sacramento: «*“Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”* (Jn 12, 32). Desde lo alto de la cruz, en efecto, Nuestro Señor Jesucristo atrajo por primera vez hacia sí a todas las almas, redimiéndolas. Pero, al pronunciar esas palabras, indudablemente también tenía en mente su trono eucarístico, al pie del cual quiere agruparlas para mantenerlas sujetas allí con las cadenas de su amor.

El Señor desea inculcarnos un amor apasionado hacia su Persona. Cualquier virtud, cualquier pensamiento que no termine en una pasión, que no acabe convirtiéndose en una pasión, nunca producirá nada grandioso. Este sentimiento no es amor, tan sólo el afecto de un niño: éste ama por

instinto y porque se siente querido, se ama en aquellos que le hacen bien.

Un criado puede sacrificarse por sus amos, pero únicamente los amará de verdad si lo hace por mero afecto hacia ellos, sin atender a su interés personal.

La caridad sólo triunfa cuando se vuelve una pasión vital dentro de nosotros. Si no es así, podrán practicarse actos de amor aislados, más o menos frecuentes, pero no se ha entregado la propia vida. Ahora bien, mientras no tengamos un amor apasionado por Jesús sacramentado, no



habremos hecho nada. Por supuesto que el Señor nos ama con pasión, ciegame, sin pensar en sí mismo, entregándose enteramente por nosotros: ¡Debemos corresponderle!

Para que nuestro amor llegue a ser una pasión ha de someterse a las leyes de las pasiones humanas; las honestas, las naturalmente buenas. Porque las pasiones son indiferentes en sí mismas; somos nosotros los que las hacemos malas al dirigir las hacia el mal. En nosotros está servirnos de ellas para el bien.

Según esto, una pasión que domina a un hombre lo concentra en sí mismo. Por ejemplo, si una persona quiere llegar a ocupar una posición honrosa y elevada, no trabajará nada más que para ello, sea durante diez, veinte años; no importa el tiempo. «Lo conseguiré», dirá. Todo se reduce a servir a esa ambición, dejando de lado todo lo que no lo conduzca a lo que se ha propuesto.

Otra deseará hacer fortuna y empezará por delimitarla: «Llegaré a poseer tanto». Trabaja, no escatima esfuerzos, es indiferente a todo lo que no esté dentro de su objetivo... Así es como se logra éxito en el mundo. Esas pasiones pueden llegar a ser malas y, por desgracia, muy a menudo no son más que un crimen continuado. Pero, en fin, pueden ser también honrosas. Sin una pasión no se consigue nada. La vida carece de propósito, una existencia arrastrada inútilmente.

En el orden de la salvación también es necesario que haya una pasión que domine nuestra vida

y le haga producir, para gloria de Dios, todos los frutos que el Señor espera. Amad tal virtud, tal verdad, tal misterio de nuestra fe con pasión. Entregadle vuestra vida, consagrale vuestros pensamientos y vuestros trabajos; sin esto, no seréis más que un simple jornalero, ¡nunca un héroe!

Tened un amor apasionado por la Eucaristía. Amad a Jesús en el Santísimo Sacramento con todo el ardor del amor mundano, pero por motivos sobrenaturales. Para obtenerlo, empezad por someter el espíritu a la influencia de esa pasión. Alimentad en vosotros el espíritu de fe; persuadíos invenciblemente de la verdad de la Eucaristía, de la verdad del amor que el Señor os testimonia en ella.

Tened una idea grandiosa, una arrebatadora contemplación del amor y de la presencia del Señor. Así daréis pábulo a la llama de vuestro amor y entonces será constante.

¡Que Jesús sacramentado os arrebathe y extasíe!... medita en su amor y haced que esa consideración os arrebathe y enajene: «¿Es posible que el Señor me ame hasta el punto de darse siempre, sin fatigarse?». Entonces vuestro espíritu se fijará en Él, todos vuestros pensamientos irán a buscarlo, estudiarlo; desearéis profundizar en las razones de su amor, caeréis en la admiración, en el arrobamiento y vuestro corazón dejará escapar este grito: «¿Cómo responder a tanto amor?».

Y el corazón salta hacia el Santísimo Sacramento. Da saltos, porque no tiene paciencia para ir

andando: «¡Jesucristo me ama! ¡Me ama en su Sacramento!».

¿Acaso no amáis a nadie en el mundo? Madres, ¿no sentís por vuestros hijos un amor apasionado? Esposas, ¿no amáis con pasión a vuestros esposos? Y vosotros, hijos, ¿tenéis en vuestro corazón espacio para amar algo más que a vuestros padres? Pues bien: trasladad ese amor al Señor.

No hay dos amores; hay uno solo. Dios no os pide que tengáis dos corazones, uno para Él y otro para aquellos que amáis en la tierra. Por lo tanto, ¡Madres, amad al Santísimo Sacramento con vuestro corazón de madre, amadle como a un hijo! ¡Esposas, amadle como a vuestro esposo! ¡Hijos, amadle como a vuestro padre!

El alma que ama de esta manera no tiene sino una sola capacidad, una vida: Jesús en el Santísimo Sacramento. «¡Allí está Él!». Vive subyugada por ese pensamiento. «¡Allí está Él!». Entonces hay correspondencia, hay comunidad de vida.

¡No, no vivamos más: ¡que sea sólo Jesús Hostia, que nos ama tanto, quien viva en nosotros!»

**Que esta reflexión cale en nuestro corazón, en nuestra alma y nos decidamos a amar a Jesús Eucaristía con amor apasionado y ferviente. Amar a Jesús no nos hará amar menos a nuestros seres queridos, al contrario, purificará nuestro amor, los hará más fuerte, más valiente, más tierno. Amemos al Santísimo Sacramento.**

“LA EUCARISTÍA ES LA PRUEBA SUPREMA DEL AMOR DE JESÚS. DESPUÉS DE ESTO NO EXISTE NADA, MÁS QUE EL CIELO MISMO”. (SAN PEDRO JULIÁN EYMARD)



# María y la reparación a Jesús Eucaristía

Contra el rebotar de la iniquidad y del pecado en el mundo, existe un contrapeso: la reparación. Esta palabra viene del latín reparare: preparar de nuevo, restaurar. Es el acto o hecho de hacer enmienda. Implica la intención de restaurar las cosas a su condición de normalidad y pureza, a cómo estaban antes de que algo malo fuese hecho. Se aplica generalmente a recompensar por las pérdidas sufridas o los daños causados por una mala acción moral.

Con respecto a Dios, significa compensar con mayor amor los pecados. Significa restaurar lo que fue injustamente tomado y compensar con generosidad por el egoísmo que causó la injuria.

Tratándose de pecados públicos contra el Santísimo, la Iglesia tiene reparaciones públicas, como las que se han hecho desde siempre por las profanaciones: ceremonias, procesiones, oraciones especiales, etc. Más abajo presentamos alguna de estas oraciones.



## María reparadora

Jesús es el Reparador principal, enviado por el Padre. Es el Cordero que quita los pecados del mundo. Pero en su misericordia ha querido asociarse a hombres y mujeres de todos los tiempos para colaborar en esta obra: la Virgen María, los mártires, etc. Un ejemplo concreto y actual es la Beata Alexandrina da Costa.

La Virgen María destaca en esta misión. Al pie de la cruz une sus sufrimientos a los del Redentor.

Ella resplandece en su bondad, en su compasión, en su AMOR.

Es la Primera que presenta la reparación hacia su bendito Hijo Jesús en lo más profundo de su Ser.

Siempre estuvo al lado de Nuestro Señor Jesús.

Tanto Jesús como Nuestra Madre Celestial, siendo completamente inocentes, fueron ofrendas permanentes con el cáliz del sufrimiento debido a los pecados de la humanidad.

La Virgen María es la primera Reparadora al lado de Jesús, y reparadora de las ofensas a Jesús.

Su reparación se expresa sobre todo cuando Jesús estuvo en el pretorio y en el martirio de la cruz.

Las madres compadecen profundamente los dolores de sus hijos. Más bien quisieran sufrir ellas esos dolores y no sus hijos. Con mayor razón la Stma. Virgen María.

Sabía que su Hijo era inocente



y sufría injustamente el dolor llevado al grado máximo. Era Jesús la víctima reparadora, el Cordero que tomó sobre sí nuestras culpas.

Ella habrá sentido el dolor y el sufrimiento de Jesús en todo su ser.

Cuando bajaron a Jesús desde la Cruz y tuvo entre sus brazos el Cuerpo inerte y frío de Jesús también le diría palabras de consuelo y de amor.

De alguna manera esto es la Reparación: Consolar y borrar el daño provocado, en este caso por otros.

Es tan buena y tan comprensiva, justa, amorosa, sabia, cercana Nuestra querida Madre, la Virgen María, que en Fátima prometió que los que cumplan con actos de Reparación y Adoración los cinco primeros sábados de cada mes, además de la Sta. Misa, Confesión y el rezo del Sto. Rosario, los asistirá en la hora de nuestra muerte con las gracias necesarias para la salvación. Si Ella nos asiste es para llevarnos con Ella al Cielo.

Nuestra Reparación, actos de desagravio y adoración a Jesús siempre han sido muy importantes, potentes y necesarios, pero ahora se deben realizar con más frecuencia y urgencia, pues para nadie es un misterio que nuestra santa Madre la Iglesia Católica está sufriendo ataques que no tienen sentido ni explicación. Es el Adversario que está atacando con mucha fuerza.

Reparemos con oraciones, y sobre todo con el poderoso Rosario y la Comunión. También con actos contrarios a los pecados del mundo: contra

impureza la pureza, contra egoísmo y odio la caridad...

### **Actos de reparación, desagravio y perdón**

Señor Jesús: Tú compartiste nuestra vida humana, alegrías y penas, y, sin acusarnos, por amor, cargaste con la responsabilidad de nuestras culpas para redimirnos. Ayúdanos a seguir tu ejemplo desde nuestra situación de pecadores redimidos. Ante Ti, Señor, nos sentimos sinceramente responsables de un mundo al que pertenecemos, que estamos contribuyendo a forjar, y con el que estamos comprometidos especialmente por tu amor. Avergonzados de nuestras obras, fruto del olvido o rechazo culpable de tus enseñanzas, te pedimos perdón y ayuda.

### **Perdón, Señor, perdón**

- Por los sacrilegios, robos y blasfemias contra la Sagrada Eucaristía,
- Por tantos lugares del mundo donde los sacerdotes y fieles no pueden celebrar libremente la Santa Misa o se ven obligados a hacerlo en secreto por persecución.
- Por las faltas de respeto e impiedad en las iglesias y ante el Sagrario
- Por la dejadez y abandono al dejar de asistir a la Santa Misa dominical
- Por la omisión en tantos bautizados al rechazar la confesión y comunión por Pascua
- Por las faltas de inconsciencia en familiares de personas

moribundas al dejar que fallezcan sin la asistencia de los sacramentos

- Por la despreocupación respecto de la primera y frecuente Comunión de los niños
- Por las comuniones tibias y frías
- Por las comuniones sacrílegas
- Por los sacerdotes que celebran la Santa Misa en condiciones personales inadecuadas, o por enseñar una vida litúrgica y eucarística contraria a la que manda la Iglesia
- Por la conciliación de la Misa y la recepción de la Sagrada Comunión con vidas incoherentes y vacías de fervor,
- Por la persecución sistemática, violenta o solapada, de los sacerdotes, fieles y personas cristianas que confiesan su Fe en Cristo.

### **Oración**

Señor nuestro, Jesucristo, que has querido permanecer en el Sacramento hasta la consumación de los siglos para dar a tu Padre una gloria infinita y a nosotros el aliento de la inmortalidad; que te has expuesto a todos los ultrajes de los impíos antes de abandonar a tu Iglesia; concédenos la gracia de llorar con verdadero dolor los ultrajes y descuidos que cometen los hombres contra el mayor de los sacramentos, danos celo eficaz para reparar los oprobios que has sufrido en este misterio inefable. Tú que vives y reinas con Dios Padre, en unión del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.





# HNA. JOSEFINA SERRANO GARCÍA

«FELIZ TÚ, PORQUE CREÍSTE...»

**E**ra el 27 de mayo de 1948, Fiesta del Corpus Christi. Todo era expectación en el pequeño pueblo de Caracenilla (España). Las calles estaban adornadas con alfombras de flores, había altares en diferentes puntos, los balcones lucían hermosas colgaduras. Los fieles habían derrochado cariño y devoción para solemnizar un día que, como decían los antiguos, brilla más que el sol. Precisamente ese día, nació una niña –Josefina Serrano García– que orientaría su vida en dimensión de Eucaristía, de caridad, de entrega oculta y silenciosa, pero tremendamente fecunda.





El 6 de junio Josefina es bautizada en la Iglesia parroquial del Patriarca San José y Santo Domingo de Silos en la misma Caracena.

En agosto del año siguiente nació su hermano Mariano con el que se llevará muy bien, salvo alguna que otra pelea infantil. Con el tiempo vendrá otra hermana, Mari Carmen, la pequeña, el 23 de marzo de 1961.

Josefina creció en un ambiente saturado de piedad y profundo cristianismo que configuró su personalidad. Desde pequeña se enriqueció con el ejemplo y el testimonio de sus padres, firmes en la fe y coherentes con ella: humildes, rectos, caritativos, trabajadores... Su infancia estuvo marcada por los sacrificios que le imponían los traslados continuos del trabajo de su padre.

Hizo su Primera Comunión el 10 de mayo de 1956, con casi ocho años, en la festividad de la Ascensión del Señor en la Iglesia parroquial de El Salvador en Lagartera, Toledo. Una estampa y algunas fotografías son el recuerdo de ese día. Desde entonces, Josefina frecuentará la sagrada Mesa. En lo profundo de esa pequeña alma, Jesús se va haciendo cada vez más importante.

Una de sus primas, con la que compartía momentos entrañables y alegres durante su infancia recordaba: «De niña, Josefina siempre fue de mucha religión. Me hacía rezar el Rosario y yo no he sido de estar siempre rezando. Donde estuviéramos lo primero era visitar la iglesia; y, si en ese momento las señoras estaban limpiando, pues nosotras limpiábamos con ellas. Le gustaba estar en la iglesia y ayudar. No solamente ir a rezar. Le gustaba mucho leer... era muy alegre. Nos tronchábamos de la risa con ella. Los pobres eran su locura; era muy espléndida con ellos. Los domingos, los abuelos nos daban diez céntimos; y yo, a lo mejor, había juntado hasta una peseta

para comprarme algo... Pues, si veía un pobre, toda la propina la regalaba en limosnas...»

El 24 de marzo de 1961 recibió la Confirmación en la Iglesia parroquial de Espinoso del Rey, Toledo.

Como adolescente y joven fue responsable, sencilla, buena amiga, alegre, inteligente, de buen corazón y gran pureza, llena de ideales, con una gran atracción hacia las misiones. Destacó en los estudios y a los 19 años se tituló de maestra de primera enseñanza. Mantuvo un noviazgo muy puro, pero su corazón no se llenaba con el amor humano, aspiraba a un amor más grande, eterno, cuya alianza fuera inquebrantable.

Y en esa búsqueda fue cuando conoció al R. P. Rodrigo Molina en mayo de 1970. Él predicaba unos Ejercicios Espirituales, Josefina asistió y su vida cambió. El Padre descubrió el tesoro que escondía el alma de aquella joven maestra. Josefina se unió a la incipiente Obra misionera del Padre, Prodesa. Y, desde ese momento, se convirtió en un pilar de la Familia Espiritual del P. Molina, siendo madre de las generaciones de misioneros.

El 7 de agosto viajó por primera vez a Cuzco, Perú. Allí dio inicio a la Casa Hogar del Campesino, que con el tiempo llegaría a ser el Hospital que lleva su nombre y que atiende a la población más desfavorecida.

En 1973 ya asume como Directora General de la rama femenina de la Asociación. Y desde ese año hasta su muerte será una infatigable viajera que todos los años recorre con el P. Molina las casas y lugares de misión. Todos y cada uno de los miembros son objeto de su caridad inmensa. Madre solícita, delicada, dulce, comprensiva y firme, gozosa: irradia alegría y lo llena todo de paz y de sentido sobrenatural.

En el verano de 1996 le detectaron un tumor cancerígeno y se la sometió a dos operaciones y hasta veinte sesiones de quimio y quince de radioterapia. Tres años de dolor en que siguió atendiendo sus obligaciones, e incluso a comienzos de 1999 realizó su última gira por América: Chile, Argentina, Perú junto con el P. Molina.

El 25 de junio de 1999 fue declarada enferma terminal. Sin embargo, su amor no conoce descanso y en julio, desde su cama de enferma, dirige una campaña para ayudar a los comedores de Cuzco.

Murió el 5 de octubre de 1999, a las tres de la tarde en Madrid, España. Josefina entregó su vida como la lamparilla del Sagrario, día a día, hora a hora, disgusto a disgusto, alegría tras alegría, silencio tras silencio en lo escondido de la oración ante Jesús Eucaristía, toda su vida de servicio, de entrega a Dios y a los hermanos, con una grande y hermosa sencillez, con pureza, con una alegría serena que brotaba de lo profundo de su alma.

Mujer de Dios, eucarística y mariana. Jesús en el Santísimo era su amor, su fortaleza, su refugio, su consuelo... Sabía acudir al Sagrario e momentos de dolor y de gozo.

Cada día dedicaba tres horas a estar con su Amado Dios en oración, además de escuchar la Santa Misa y comulgar con fervor. La Virgen Inmaculada fue su madre, su modelo, la reina de su corazón. Josefina aprendió de María a amar a Jesús y a entregarse totalmente a Él en el servicio a los demás, especialmente a los más necesitados.

**La vida de Josefina es imitable: amor, oración, entrega, fe. Que ella, que ya goza junto a Dios en el cielo, nos ayude y enseñe a ser almas eucarísticas.**

# Historia de una Espiga

**E**n cada Santa Misa se produce el mayor y más hermoso milagro de todos los ocurridos en la historia: el Dios eterno e inmortal desciende a un trocito de pan y allí oculta su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su divinidad.

Milagro mayor no puede soñarse ni concebirse... Sin embargo, ¡cuántas veces, despistados, los mismos creyentes no nos damos ni cuenta de lo que está ocurriendo! Y entramos y salimos de Misa, llegamos tarde, vamos vestidos de cualquier manera... (incluso como no osaríamos aparecer vestidos delante de un personaje importante que nos concediera audiencia...).

Y Dios desciende, se hace presente y, más aún, se queda en el Sagrario para ser nuestro acompañante durante la vida ¡y ni siquiera lo visitamos!

El poeta español, José María Pemán, tiene una hermosa poesía... Es una historia: la de una espiga. La espiga que soñaba con el cielo, que Dios permitió que fuera triturada con dolor y al final se convirtió en Eucaristía. También en nuestras vidas soñamos con esa felicidad que no acaba y que sólo se haya en el cielo... a veces Dios permite que suframos mucho y no lo entendemos..., pero si nos aferramos a Él, también tenemos un final feliz, como nuestra espiguita.

En un áureo trigal, cuyas mieses  
el sol iba dorando a sus fuegos,  
una espiga, arrogante, crecía  
muy cargada de hechizos y ensueños.

Era esbelta, gallarda y muy alta,  
y tan buena que todo su anhelo  
lo cifraba en crecer y adentrarse  
de este modo a la gloria del cielo.

El Señor, que sus sueños sabía,  
la miraba benigno y risueño  
y sus firmes promesas le daba  
de acogerla gustoso en el cielo.

Y la espiga crecía y crecía,  
y esperando saciar sus deseos  
se pasaba las horas jugando  
en el dulce columpio del viento.

Pues, Señor, una tarde de estío  
presentose en el campo un labriego  
y con hoz despiadada y sañuda,  
fue segando el precioso elemento.

Alarmada, “¡a mí no!” le decía  
la inocente espiguita del cuento.  
A mí no porque estoy destinada  
a elevarme en mi tallo hasta el cielo.

Pero el hombre –tal vez distraído–  
derribola de un golpe certero,  
destruyendo con él la ventura  
y la dulce ilusión de sus sueños.

¡Ay, Señor! –clamó entonces la espiga–,  
¡mira, mira, mi Dios, lo que han hecho!  
¡Ya no puedo llegar a tus brazos!  
¡Sálvame, sálvame, que me muero!

Y el Señor, cual si nada escuchase,  
respondióle con solo el silencio.  
El labriego, tomando la espiga,  
a las eras condújola luego...

El caballo arancose con brío,  
bajo el trillo los granos crujieron  
y cual sarta de perlas deshecha,  
por las eras rodaron maltrechos...

¡Oh granitos que el cielo anhelaban!  
Un sinfín de amapolas dijeron:  
–¿De qué os sirve haber sido tan puros  
si a salvaros no viene el Eterno?

Y en su angustia, los granos clamaban:  
¡¡Padre nuestro que estás en los cielos!!  
En la cárcel oscura de un saco  
al molino lleváronlos luego



y los granos dorados y hermosos  
en finísimo polvo volvieron.

Y los granos lloraban, gemían...  
Y al Señor duplicaban sus ruegos...  
¡Y allá arriba seguían callando!  
¡Y acá abajo seguían moliendo!

¿Y por qué el Señor callaría?  
¿Y por qué les negaba el consuelo?  
¿Por qué siendo puros e inocentes  
los dejaba en tan duro tormento?  
Pero ved qué pasó: con la harina  
una Hostia bellísima hicieron,

que era tenue cual brisa de mayo  
y era blanca cual luna de enero.

Su blancura brilló sobre el ara  
y los cielos al verla se abrieron  
y Dios mismo y su gloria bajaron  
y en la Hostia feliz se fundieron.

Y así, en tierno coloquio de amores,  
a la espiga le dijo el Cordero:  
–Yo quería tenerte en el cielo  
y mis brazos brindarte por lecho,  
pero escucha, mi bien, a mis brazos  
sólo puede llegarse ¡sufriendo!

**Hoy también Jesús nos dice: “A mis brazos sólo puede llegarse sufriendo”.  
Ten ánimo en tus sufrimientos. Son la escalera para llegar a los brazos de Dios.**





# ALIANZA DE ORACIÓN MARIANA

## *Cor Mariae Pro Eis*

«Señales del auténtico espíritu sacerdotal: unión con Dios, espíritu de abnegación, amor hasta el sacrificio a las almas.» (P. Rodrigo Molina)



Oremos por la fidelidad y santidad de los sacerdotes.

Este apostolado es una llamada a todos los fieles católicos, y a los que espontánea y libremente deseen unirse a esta alianza de oración, para que nos concienticemos de la responsabilidad que tenemos de ofrecer oraciones y sacrificios por los sacerdotes, en agradecimiento por la donación de sus vidas a Dios en favor de toda la humanidad.

Por medio de esta Alianza de Oración Mariana pedimos a la Virgen Santísima que aumente el número de los escogidos al estado sacerdotal, que su santo amor los proteja de todo peligro, que bendiga sus trabajos y fatigas y que, como fruto de su apostolado, obtengan la salvación de muchas almas que sean su consuelo aquí en la tierra y su corona eterna en el Cielo.

“Oh Jesús, que has instituido el sacerdocio para continuar en la tierra la obra divina de salvar a las almas, protege a tus sacerdotes en el refugio de tu Sagrado Corazón”. (Santa Teresita del Niño Jesús)

  
**Reinado  
de María**  
[www.reinadodemaria.org](http://www.reinadodemaria.org)

Síguenos en:

 NSEradio

 [www.nseradio.com](http://www.nseradio.com)

 [www.nsetv.com](http://www.nsetv.com)





nsetvradio  
ejercitoblanc0



@nseradio  
@nsetv



nseradio  
nsetv

Dirección de correo electrónico:  
[infoproeis@gmail.com](mailto:infoproeis@gmail.com)

